

- Un solo campanillazo en la columna de abajo.
- ¿En cuál? ¿en la de la derecha, ó la de la izquierda?
- Es igual.
- ¿Se abrirá la puerta?
- Y se volverá á cerrar.
- ¿Por sí sola?
- Por sí sola.
- Gracias. ¡ Buenas noches, hermano mío !
- Felices, hermana mía.

El príncipe saludó, Andrea cerró las puertas tras de él, y desapareció.

## CAPÍTULO VII.

## LA ALCOBA DE LA REINA.

Á la mañana siguiente, ó mas bien en la misma mañana, porque nuestro capítulo anterior ha debido terminar á eso de las dos de la noche, el rey Luis XVI, vestido con una casaquilla morada de mañana, sin orden y sin polvos, en fin tal como acababa de levantarse, llamó á la puerta de la antecámara de la reina.

Una dama de servicio entreabrió aquella puerta, y reconociendo al rey :

— Señor... dijo.

— ¿ La reina ? preguntó Luis XVI con tono breve.

— Su Majestad está durmiendo, señor.

El rey hizo un ademán como para separar á la dama, pero ésta no se movió.

— Y bien, dijo el rey, ¿ os apartaréis ? ¿ No estáis viendo que quiero pasar ?

El rey tenía en algunos momentos cierta viveza que sus enemigos llamaban brutalidad.

— La reina está reposando, señor, objetó tímidamente la dama de servicio.

— Os he dicho que dejéis libre el paso, replicó el rey.

En efecto, á estas palabras la dama se apartó, y el rey pasó adelante.

Al llegar á la misma puerta del cuarto de dormir, el rey vió á madama de Misery, camarista mayor de la reina, que estaba leyendo la misa en su devocionario.

La camarista se levantó así que percibió al rey.

— Señor, dijo en voz baja y haciendo un profundo saludo, S. M. no ha llamado todavía.

— ¡Verdaderamente! dijo el rey con un tono sarcástico.

— Pero, señor, aun no es más de las seis y media, según creo, y S. M. no llama jamás antes de las siete.

— ¿Y estáis segura de que la reina está en su cama? ¿estáis segura de que está durmiendo?

— No podré afirmar que S. M. está durmiendo, señor; pero estoy segura de que está en la cama.

— ¿Está en la cama?

— Sí, señor.

El rey no pudo contenerse por más tiempo, se fué derecho á la puerta, y dió vuelta al botón dorado con ruidosa precipitación.

El cuarto de la reina estaba obscuro como si fuera noche: postigos, cortinas, cortinillas, cerradas herméticamente, conservaban las más densas tinieblas.

Una lamparilla, ardiendo sobre un velador en el ángulo más apartado del aposento, dejaba la alcoba de la reina bañada enteramente en las tinieblas, y las inmensas cortinas de seda blanca con flores de lis de oro ondulaban sobre la cama en desorden.

El rey se dirigió con paso más rápido hacia la cama.

— ¡Oh, qué ruido hacéis, madama de Misery! ¡me habéis despertado! exclamó la reina.

El rey se paró estupefacto.

— ¡No es madama de Misery! murmuró el rey.

— ¡Calla! ¿Sois vos, señor? añadió María Antonieta incorporándose en la cama.

— Buenos días, señora, articuló el rey en un tono agri-dulce.

— ¿Qué buen viento os trae, señor? preguntó la reina. ¡Madama de Misery, madama de Misery! abrid las ventanas.

Entraron las camaristas, y según la costumbre que les había inculcado la reina, abrieron al punto puertas y ventanas para dar paso al aire puro que María Antonieta respiraba con delicia al despertarse.

— ¡Dormís con gana, señora! dijo el rey sentándose al lado de la cama, después de pasear por todas partes una mirada investigadora.

— Sí, señor, he estado leyendo hasta tarde, y de consiguiente aun dormiría á no haberme despertado V. M.

— ¿Cómo es que no habéis recibido ayer, señora?

— ¿Recibido á quién? ¿á vuestro hermano el señor de Provenza? replicó la reina con cierta presencia de ánimo saliendo al encuentro de las sospechas del rey.

— Precisamente, á mi hermano; ha querido entrar á saludaros y le han dejado fuera.

— ¿Y bien?

— Diciéndole que estabáis ausente.

— ¿Le han dicho eso? preguntó con negligencia la reina. ¡Madama de Misery, madama de Misery!

Presentóse á la puerta la camarista mayor, trayendo en una bandeja de oro una porción de cartas dirigidas á la reina.

— ¿Me llama S. M.? preguntó madama de Misery.

— Sí. ¿ Han respondido ayer al señor de Provenza que yo estaba fuera de palacio?

Madama de Misery, para no pasar por delante del rey, dió un rodeo y alargó la bandeja á la reina, llevando en la mano una de las cartas cuya letra reconoció al punto la reina.

— Responded al rey, madama de Misery, prosiguió María Antonieta con la misma negligencia; decid á S. M. lo que han respondido ayer al señor de Provenza cuando se presentó á mi puerta, pues yo ya no me acuerdo.

— Señor, dijo madama de Misery mientras que la reina leía la carta, ayer se presentó el señor conde de Provenza á fin de ofrecer sus respetos á S. M., y yo le respondí que S. M. no recibía.

— ¿ Y quién os había dado esa orden?

— La reina.

En este intermedio la reina había abierto la carta y leído estas dos líneas:

« Habéis vuelto ayer de París á las ocho de la noche. Lorenzo os ha visto. »

Luego, sin deponer su aire de negligencia, la reina había abierto una media docena de billetes, de cartas y memoriales que estaban esparcidos sobre su colcha de plumazón.

— ¿ Y bien? dijo el rey levantando la cabeza.

— Gracias, señora, dijo éste á la camarista mayor.

Madame de Misery se alejó.

— Perdonad, señor, dijo la reina; ilustradme sobre un punto.

— ¿ Sobre qué punto, señora?

— ¿ Soy ó no soy libre de recibir al señor conde de Provenza?

— ¡ Oh! completamente libre, señora; pero...

— Pero su genio me fatiga ¿ qué queréis? Por otra parte, él no me ama; verdad es que le pago bien. Como esperaba su desapacible visita, me metí en la cama á las ocho para no recibirle. ¿ Qué es pues lo que tenéis, señor?

— Nada, nada.

— Diríase que dudáis.

— Pero...

— ¿ Pero qué?

— Os creía ayer en París.

— ¿ Á qué hora?

— Á la hora en que decís que os acostasteis.

— Cierto que he ido á París. Y bien, ¿ por ventura no se vuelve de París?

— Sí tal. La dificultad está en la hora en que se vuelve.

— ¡ Ah, ah! ¿ entonces queréis saber exactamente la hora á que he vuelto de París?

— Sin duda que sí.

— Nada más fácil, señor.

La reina llamó, y se presentó de nuevo la camarista mayor.

— ¿ Qué hora era ayer cuando volví de París, madama de Misery? preguntó la reina.

— Serían las ocho poco más ó menos, señora.

— No lo creo, dijo el rey; debéis equivocaros, madama de Misery; informaos mejor.

La camarista mayor, tiesa é impasible, se volvió hacia la puerta, diciendo:

— ¡ Madama Duval!

— ¡ Señora! respondió una voz.

— ¿ Á qué hora volvió ayer noche de París S. M.?

— Podían ser las ocho, dijo la otra camarista.

— Debéis equivocaros, madama Duval, repuso madama de Misery.

Madama Duval se asomó á la ventana de la antecámara y gritó :

— ¡ Lorenzo !

— ¿ Quién es ese Lorenzo ? preguntó el rey.

— Es el conserje de la puerta por donde ha entrado ayer S. M., respondió madama de Misery.

— ¡ Lorenzo ! gritó otra vez madama Duval ; ¿ á qué hora entró ayer S. M. la reina ?

— Á eso de las ocho, respondió el conserje desde abajo en el terrado.

El rey bajó la cabeza.

Madama de Misery despidió á madama Duval, quien á su vez despidió á Lorenzo, y se quedaron solos los dos esposos.

Luis XVI estaba avergonzado, y hacía cuanto podía por disimular su vergüenza.

Pero la reina, en vez de aprovecharse de la victoria que acababa de alcanzar, le dijo con frialdad :

— Y bien, señor ; veamos si deseáis saber aun alguna otra cosa.

— ¡ Oh, nada ! exclamó el rey estrechando las manos de su mujer.

— Sin embargo...

— Perdonadme, señora, yo no sé lo que se me había metido en la cabeza. Ved ahora mi alegría ; es tan grande como mi arrepentimiento. No me reconvénis por eso, ¿ no es verdad ? No os enojéis, porque os aseguro bajo mi palabra de honor que me desesperaría.

La reina retiró su mano de la del rey.

— ¿ Qué hacéis ? preguntó Luis.

— ¡ Señor, respondió María Antonieta, una reina de Francia no miente !

— Y bien, ¿ qué ? preguntó el rey.

— Quiero decir que no he entrado ayer á las ocho de la noche.

El rey retrocedió sorprendido.

— Quiero decir, prosiguió la reina con la misma sangre fría, que he entrado esta mañana á las seis.

— ¡ Señora !

— Y que sin el conde de Artois, que me ha ofrecido un asilo y hospedado por compasión en una casa suya, me habría quedado á la puerta de palacio como una pordiosera.

— ¡ Ah, no habéis entrado ! dijo el rey con aire sombrío, ¿ conque entonces tenía yo razón ?

— Señor, perdonad, sacáis de lo que acabo de decir una solución de aritmética, pero no una conclusión de hombre galante.

— ¿ Por qué, señora ?

— Porque, para cercioraros de si yo entraba tarde ó temprano, no tenéis necesidad de mandar cerrar vuestra puerta, ni de dar vuestras consignas, sino solamente de venir á verme y preguntarme: ¿ Á qué hora habéis entrado, señora ?

— ¡ Oh ! exclamó el rey.

— Ya no es permitido dudar, señor ; vuestros espías habían sido burlados ó ganados, vuestras puertas forzadas ó abiertas, vuestra aprensión combatida, y vuestras sospechas disipadas. De consiguiente podía yo seguir gozando de mi victoria ; pero hallo vuestro proceder vergonzoso

para un rey é impropio de un caballero, y no puedo privarme de la satisfacción de decíroslo.

El rey sacudió su pechera, como quien medita una réplica.

— ¡ Oh ! por más que hagáis, señor, dijo la reina agitando la cabeza, no lograréis disculpar vuestra conducta hacia mí.

— Al contrario, señora, replicó el rey, lo lograré fácilmente. ¿ Hay por ventura en palacio una sola persona que sospeche que no habíais entrado ? Pues bien ; si todos os creían dentro, nadie ha podido tomar por vos la consigna de cerrar las puertas, y ya supondréis que me inquieto muy poco de que la hayan atribuído á las disipaciones del conde de Artois ó de cualquier otro.

— ¿ Y qué más, señor ? interrumpió la reina.

— ¿ Qué más ? Digo, en resumen, que si he salvado hacia vos las apariencias, tengo razón, y vos no la tenéis, puesto que no habéis hecho otro tanto hacia mí ; y si he querido simplemente daros una lección secreta, si, como espero por la irritación que me manifestáis, os aprovecha esa lección, tengo también razón, y no me arrepiento de nada de lo que hice.

La reina había escuchado la respuesta de su augusto esposo, calmándose poco á poco ; no porque estuviese menos irritada, sino porque quería guardar todas sus fuerzas para la lucha que, en su opinión, en vez de haber terminado apenas estaba principiada.

— ¡ Muy bien ! dijo. ¿ Conque así no os excusáis de haber hecho languidecer á la puerta de su habitación, cual habríais podido hacer con la primer venida, á la hija de María Teresa, á vuestra mujer, á la madre de vuestros hijos ?

No, en vuestra opinión es una chanza enteramente regia, llena de sal ática, cuya moralidad, por otra parte, realza su mérito. ¿ Conque á vuestros ojos, no es más que una cosa muy natural el haber forzado á la reina de Francia á pasar la noche en una casita en que el conde de Artois recibe á las artistas de la Opera y las mujeres galantes de vuestra corte ? ¡ Oh ! eso no es nada, no : un rey está en una esfera superior á todas esas miserias, y con especialidad un rey filósofo ! Notad bien que en esta ocasión el señor de Artois ha hecho el mejor papel. Notad que me ha hecho un servicio señalado ; que por esta vez he tenido que agradecer al cielo el que vuestro cuñado fuese un hombre disipado, puesto que su disipación ha servido de velo á mi vergüenza, y sus vicios han sido una salvaguardia de mi honor.

El rey se ruborizó y se agitó fuertemente en su sillón.

— ¡ Oh ! prosiguió la reina con amarga sonrisa. Bien sé que sois un rey moral, señor ! Pero, ¿ habéis meditado el resultado de vuestra moral ? Decís que nadie ha sabido que yo no había entrado, y que vos mismo me habéis creído aquí. ¿ Diréis que también lo ha creído el señor de Provenza, vuestro instigador ? ¿ Diréis que lo ha creído el señor de Artois ? ¿ Diréis que lo han creído mis camaristas, que por orden mía os han mentido esta mañana ? ¿ que lo ha creído Lorenzo, que ha sido comprado por el conde de Artois y por mí ? ¿ Qué importa ? el rey tiene siempre razón ; pero también la reina puede tenerla á veces. ¿ Queréis, señor, que nos acostumbremos, vos á enviarme espías y guardias suizos, y yo á comprar vuestros guardias suizos y vuestros espías ? En ese caso os digo, que antes de un mes, pues ya me conocéis y sabéis que no me contendré, sumaremos una mañana, como hoy por ejemplo, la majestad del trono y

la dignidad del matrimonio, y veremos lo que nos cuesta á ambos.

Era evidente que estas palabras habían producido mucho efecto en el rey, pues dijo con voz alterada :

— Ya sabéis que soy sincero y que siempre confieso mis faltas. ¿ Queréis probarme, señora, que tenéis razón en salir de Versalles en trineo con gentileshombres de vuestra servidumbre, acompañamiento loco que os compromete en las graves circunstancias en que vivimos ? ¿ queréis probarme que tenéis razón en desaparecer con ellos en París, como máscaras en un baile, y no volver á aparecer sino por la noche, escandalosamente tarde, mientras se agotaba mi lámpara en el trabajo y todo el mundo dormía ? Habéis hablado de la dignidad del matrimonio, de la majestad del trono y de vuestra cualidad de madre. ¿ Es propio de una esposa, lo es de una reina ó de una madre lo que habéis hecho ?

— Voy á responderos en dos palabras; y os digo de antemano, que voy á responder aun más desdeñosamente que hasta ahora, porque me parece que ciertas partes de vuestra acusación no merecen más que desdén.

He salido de Versalles en trineo para llegar más pronto á París ; he salido con la señorita de Taverney, cuya reputación, á Dios gracias, es una de las más puras de la corte, y he ido á París á verificar por mí misma que el rey de Francia, ese padre de la gran familia, ese rey filósofo, ese sostén moral de todas las conciencias, él, que ha alimentado á los pobres extranjeros, calentado á los mendigos y merecido el amor del pueblo por su beneficencia ; he querido verificar, digo, que el rey dejaba morir de hambre, consumirse en el olvido, expuesto á todos los ataques del vicio

y de la miseria, á alguno de su propia familia : en fin, á un descendiente de uno de los reyes que han reinado en Francia.

— ¡ Yo ! dijo el rey con sorpresa.

— He subido, prosiguió la reina, á una especie de boardilla, y he visto sin fuego, sin luz y sin dinero á la nieta de un gran príncipe ; he dado cien luises á esa víctima del olvido y de la negligencia real ; y como me había retardado reflexionando en la nada de nuestras grandezas, porque á veces también yo soy filósofa ; como la helada era tan fuerte, y los caballos andan mal por ella, especialmente siendo caballos de fiacre...

— ¡ Caballos de fiacre ! exclamó el rey. ¿ Habéis vuelto en fiacre ?

— Sí, señor, en el nº 107.

— ¡ Oh, oh ! murmuró el rey balanceando su pierna derecha cruzada sobre la izquierda, lo cual era en él un síntoma de viva impaciencia. ¡ En fiacre !

— Sí, y afortunadamente que he hallado ese fiacre, replicó la reina.

— Señora, interrumpió el rey, habéis obrado bien ; tenéis siempre inspiraciones nobles, aunque quizás suelen ser ligeras ; pero esa falta nace de la generosidad que os distingue. ¡

— Gracias, señor, respondió la reina con tono sarcástico.

— Estad segura, prosiguió el rey, que no he sospechado de vos nada que no fuese recto y honesto ; lo que únicamente me ha desagradado ha sido el paso dado, y ese porte aventurero de la reina. Habéis obrado bien, como siempre ; pero al hacer bien al prójimo, habéis hallado el medio de

haceros mal á vos. He ahí lo único que os vitupero. Ahora, tengo que reparar un olvido, que velar por la suerte de una familia de reyes. Estoy pronto : decidme esos infortunios, y no se harán esperar mis beneficios.

— Me parece, señor, que el nombre de Valois es bastante ilustre para que lo tengáis presente en vuestra memoria.

— ¡ Ah ! exclamó Luis XVI dando una estrepitosa carcajada. Ya caigo ; ya sé lo que os ocupa : la Valoisita, ¿ no es verdad ? una condesa de... Aguardad que recuerde...

— De la Motte.

— Esto es, de la Motte ; ¿ no es gendarme su marido ?

— Sí, señor.

— Y su mujer es una intriganta. ¡ Oh ! no os enfadéis ; es una mujer que revuelve el cielo y la tierra ; abruma á los ministros, hostiga á mis tías, y á mí mismo me tiene mortificado con súplicas, memoriales y pruebas genealógicas.

— Eso prueba que hasta ahora han sido inútiles todas sus reclamaciones, y nada más.

— No digo que no.

— ¿ Es ó no es Valois ?

— ¡ Oh ! yo creo que lo es en efecto.

— Pues bien ; acordadle una pensión. Una pensión decente para ella, un regimiento para su marido, en fin un estado para unos vástagos de estirpe real.

— ¡ Oh ! despacio, señora. ¡ Diablo, qué prisa os dais ! No necesitáis ayudarla para que esta Valois me arranque bastantes plumas, ¡ pues tiene un pico que ya ya !

— ¡ Oh ! no temo por vos, señor, porque vuestras plumas están bien arraigadas.

— ¡ Una pensión decente ! ¡ no faltaba más ! ¡ Con qué facilidad lo disponéis, señora ! ¿ Sabéis qué terrible sangría se ha dado á mi caja este invierno ? ¡ Un regimiento á ese gendarmillo que se ha casado con una Valois por especulación ! Yo no tengo ya regimientos que dar, señora, ni aun á aquéllos que los pagan ó los merecen. Un estado liga con esos mendigantes á los reyes de quienes ellos descienden. ¡ Bueno estaría ! cuando nosotros los reyes ya no tenemos siquiera un estado digno de los ricos particulares ! El duque de Orleans ha enviado sus caballos y mulas á Inglaterra para venderlas, y ha suprimido las dos terceras partes del tren de su casa, yo he suprimido todo mi equipaje y aparejos para la caza del lobo. El señor de San German me ha hecho reformar mi casa militar ; en fin todos, grandes y pequeños, vivimos con estrechez, querida mía.

— ¡ Sin embargo, señor, unos Valois no deben morir de hambre !

— ¿ No me habéis dicho que le habíais dado cien lises ?

— ¡ Valiente limosna !

— Es una limosna regia.

— Entonces, dad vos otro tanto.

— Ya me guardaré bien ; lo que vos habéis dado basta por los dos.

— Entonces, una pequeña pensión.

— No pienso en eso ; nada de fijo. Esas gentes os esquilmarán demasiado por sí mismas, pues son de la familia de los roedores. Cuando yo tenga gana de dar, daré sin precedentes y sin ligarme para en lo venidero ; en una palabra,

daré cuando tenga demasiado dinero. ¡ Vaya con la buena Valois !... no puedo deciros todo lo que sé acerca de ella... Vuestro bondadoso corazón ha caído en el lazo, mi querida Antonieta ; pido perdón á vuestro corazón bondadoso.

Y al decir estas palabras, Luis alargó la mano á la reina, quien, cediendo á un primer impulso, la acercó á sus labios.

Luego, rechazándola de súbito, dijo :

— ¡ Vos no sois bueno para mí ; y estoy enfadada !

— ¡ Estáis enfadada conmigo ! dijo el rey. Pues bien ; yo... yo...

— ¡ Oh ! sí, decid que vos no lo estáis, cuando mandáis cerrarme las puertas de Versalles ; cuando venís á mi antecámara á las seis y media de la mañana, abris mi puerta á la fuerza y entráis en mi cuarto poniendo unos ojos furiosos !

El rey se echó á reir.

— No, dijo, yo no estoy enojado con vos.

— No lo estáis ya, sea en buen hora.

— ¿ Qué me daréis si os pruebo que tampoco lo estaba al venir aquí ?

— Primeramente veamos la prueba de lo que decís.

— ¡ Oh ! es muy fácil, replicó el rey, pues la traigo en el bolsillo.

— ¡ Bah ! exclamó la reina con curiosidad sentándose en la cama. ¿ Tenéis algún regalo que hacerme ? ¡ Oh ! entonces sois verdaderamente muy amable ; pero tened entendido que no os creeré, si no presentáis la prueba en seguida... ¡ Oh ! no hay que andar en subterfugios. ¡ Apuesto á que vais aun á prometerme !

Entonces, con una sonrisa llena de bondad, el rey regis-

tró en su bolsillo con esa lentitud que redobla la codicia, con esa lentitud que hace patear de impaciencia al niño por su juguete, al animal por su golosina, á la mujer por su regalo. Por último acabó por sacar de su bolsillo un estuche de taflete encarnado, estampado artísticamente y realizado con dorados.

— ¡ Un estuche ! exclamó la reina. ¡ Ah ! veamos.

El rey puso el estuche sobre la cama.

La reina lo cogió con viveza, y apenas lo abrió, cuando exclamó deslumbrada :

— ¡ Oh, qué hermoso es ! ¡ Dios mío ! ¡ qué hermoso es !

El rey sintió un estremecimiento de alegría que le inundaba el corazón.

— ¿ No es verdad que es hermoso ? dijo.

La reina estaba tan sofocada que no podía responder.

Sacó del estuche un collar de diamantes tan gruesos, tan puros, tan luminosos y tan hábilmente dispuestos, que le pareció ver correr sobre sus lindas manos un río de fósforo y llamas.

El collar ondulaba como los anillos de una serpiente cuya escama fuese un relámpago.

— ¡ Oh, es magnífico ! dijo por último la reina. ¡ Magnífico ! repitió animándose sus ojos, ya al contacto de aquellos espléndidos diamantes, ó ya al pensar que ninguna mujer del mundo podría tener un collar semejante.

— ¿ Entonces estáis contenta ? dijo el rey.

— Entusiasmada, señor : me colmáis de dicha.

— ¿ Verdaderamente ?

— Mirad esta primera sarta : los diamantes son tan gruesos como avellanas.

— En efecto.

— Y todos tan bien casados que no se distinguen unos de otros. ¡ Con qué habilidad está graduado su grosor ! ¡ qué sabias proporciones entre las diferencias del primero y del segundo, y del segundo al tercero ! El joyero que ha reunido estos diamantes y hecho el collar es un artista excelente.

— Son dos.

— ¿ Entonces apuesto á que son Bœhmer y Bossange ?

— Habéis adivinado.

— Verdaderamente, son los únicos capaces de semejantes empresas. ¡ Qué hermoso es, señor ! ¡ qué hermoso es !

— Señora, señora, idos despacio, pues pagáis demasiado caro este collar.

— ¡ Oh, oh ! exclamó la reina.

Y de súbito, su frente radiante de alegría se puso sombría y se inclinó.

Este cambio en su fisonomía se operó y se borró también con tal rapidez, que el rey no tuvo siquiera tiempo de notarlo.

— Vamos, dijo, dadme un gusto.

— ¿Cuál ?

— El de que os ponga yo este collar al cuello.

La reina se detuvo.

— Es muy caro, ¿ no es verdad ? dijo.

— Sí, á fe mía, respondió el rey riendo ; pero ya os lo he dicho, acabáis de pagarlo más de lo que vale, y sólo adquirirá su verdadero precio estando en su lugar, esto es, en vuestro cuello.

Y diciendo estas palabras, Luis se acercaba á la reina, teniendo con ambas manos los dos extremos del magnífico

collar para cerrarlo con el broche hecho de un abultado diamante.

— ¡ No, no ! ¡ Dejémonos de niñadas ! Volved el collar á su estuche, señor, dijo la reina sacudiendo la cabeza.

— ¿ Me rehusáis el placer de véroslo puesto el primero ?

— No permita Dios que yo os rehusara ese placer, señor, si me pusiese ese collar ; pero...

— ¡ Pero ! repitió el rey sorprendido.

— Pero ni vos, ni nadie, señor, verá á mi cuello un collar de ese precio.

— ¿ No os lo pondréis, señora ?

— ¡ Jamás !

— ¿ Me rehusáis ?

— Rehuso el traer al cuello un millón, ó tal vez millón y medio ; porque este collar debe valer millón y medio de libras, ¿ no es verdad ?

— ¡ Eh ! no digo que no, respondió el rey.

— Y rehuso ponerme al cuello una alhaja que vale millón y medio, cuando las arcas del rey están vacías, cuando el rey tiene que moderar sus socorros y decir á los pobres : No tengo dinero, ¡ Dios os socorra !

— ¡ Cómo ! ¿ Me decís eso seriamente ?

— Escuchad, señor : M. de Sartines me decía un día que con un millón y medio se podía tener un navío de línea ; y en verdad, señor, el rey de Francia tiene más necesidad de un navío de línea que la reina de Francia de un collar.

— ¡ Oh ! exclamó el rey en el colmo de la alegría y con los ojos rasados de lágrimas. ¡ Oh ! lo que acabáis de hacer es sublime. ¡ Gracias, gracias, gracias !... Antonieta, sois una mujer excelente.

Y para coronar dignamente su demostración cordial, el

bondadoso rey echó los brazos al cuello de María Antonieta y la abrazó con ternura.

— ¡ Oh ! cuánto os bendecirán en Francia, señora, exclamó, cuando se sepa lo que acabáis de decir.

La reina suspiró :

— Aun estamos á tiempo, dijo con viveza el rey. ¿ Es un suspiro de pesar ?

— No, señor, es de alivio ; cerrad ese estuche y devolvedlo á los joyeros.

— Ya tenía dispuestos mis términos de pago ; el dinero está pronto ; vamos, ¿ qué hago de él ? No seáis tan desinteresada, señora.

— No, lo tengo bien reflexionado, señor ; estoy muy decidida á no admitir ese collar ; pero quiero otra cosa.

— ¡ Diablo ! ya tenemos un millón seiscientas mil libras cercenadas !

— ¡ Un millón seiscientas mil libras ! ¡ Ya veis si era bien caro !

— Á fe mía, señora ; se me ha escapado el precio, y no quiero desdecirme.

— Tranquilizaos ; pues lo que os pido costará menos.

— ¿ Qué es lo que me pedís ?

— El que me dejéis ir á París otra vez.

— ¡ Oh ! eso es fácil, y sobre todo barato.

— ¡ Aguardad, aguardad !

— ¡ Diablo !

— Á París, plaza de Vendome.

— ¡ Diablo, diablo !

— Á casa de M. Mesmer.

El rey se rascó una oreja.

— En fin, dijo, habéis rehusado un capricho de un millón seiscientas mil libras, y puedo muy bien concederos

ese. De consiguiente id á casa de M. Mesmer ; pero con una condición.

— ¿Cuál ?

— De que os acompañe una princesa de sangre real.

La reina reflexionó.

— ¿ Queréis que sea madama de Lamballe ? dijo.

— Accedo, sea madama de Lamballe.

— Está dicho.

— Suscribo.

— Gracias.

— Y á este paso, dijo el rey, voy á encargar mi navío de línea y bautizarlo con el nombre de *El collar de la Reina*. Vos seréis la madrina, señora : después lo enviaré á La Perouse.

El rey besó la mano de su mujer, y salió del aposento radiante de gozo.